



TERCERO SIN ASCENSOR



LARA A. SERODIO



TERCERO SIN ASCENSOR

LARA A. SERODIO



Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Lara A. Serodio, 2016
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-08-16549-1
Depósito legal: B. 24.504-2016
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

| | |
|---|-----|
| 1. Esta noche puede ser LA noche | 15 |
| 2. Elena y las despedidas de soltera | 29 |
| 3. Odio los atascos | 39 |
| 4. En la tienda del R.C.D. Espanyol. | 49 |
| 5. La casa en obras de los padres de Júlia. | 61 |
| 6. Tercero sin ascensor. | 72 |
| 7. Leónidas | 83 |
| 8. Regina | 95 |
| 9. Olaf | 107 |
| 10. El incómodo momento del besaludo. | 117 |
| 11. La amistad chica-chico no existe | 127 |
| 12. Los viajes de la maleta de Iván. | 138 |
| 13. Fin del partido. <i>The End?</i> | 147 |
| 14. La fiesta de cumpleaños de Lucía | 158 |
| 15. El chico americano | 170 |
| 16. La despedida de Elena e Iván. | 177 |
| 17. Al hospital cogidos de la mano | 186 |
| 18. El salón de paredes amarillas. | 196 |
| 19. Júlia llega a la fiesta de Lucía... ¡por fin! | 206 |

| | |
|---|---------|
| 20. No creo en el poliamor | 217 |
| 21. <i>Tot el camp és un clam</i> | 223 |
| 22. Iniesta de mi vida. | 233 |
| 23. El trauma moderno del cargador de móvil | 243 |
| 24. Atraco a las doce y media | 254 |
| 25. Silvia llega a la fiesta de Lucía... ¡por fin! | 265 |
| 26. Situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas | 278 |
| 27. Júlia sale del hospital... otra vez. | 290 |
| 28. Él tiene novia | 304 |
| 29. En comisaría | 315 |
| 30. Volver a confiar | 324 |
| 31. Encerrada en el baño | 335 |
| 32. Caos y destrucción. | 343 |
| 33. El fin de la fiesta | 351 |
| 34. La vuelta a casa. | 361 |
| 35. Desayuno en un tercero sin ascensor | 368 |
| Agradecimientos | 377 |

1

Esta noche puede ser LA noche

14.30h

JÚLIA ERA FAN de The Beatles casi por obligación. Tal vez la palabra fan no era la adecuada... Había decenas de grupos y solistas que escuchaba un millón de veces más que a The Beatles, pero le profesaba cierto cariño a esa banda de viejos (sabía que dos ya estaban muertos) por el simple hecho de tener una madre melómana, beatlemaníaca hasta la médula y culpable de que su nombre fuera el mismo que el de la malograda madre de John Lennon. Adoraba explicar en clase cada año por qué su nombre llevaba acento en la «u», como se escribía en catalán, con el objetivo de que lo pronunciasen al modo inglés. Nada la horrorizaba más en salas de espera o sitios nuevos que la llamaran forzando el sonido de la «j» y su nombre pasara de una canción hito de la música de los años sesenta a ser un nombre común.

En efecto, así había sido como habían pronunciado su nombre el primer día de prácticas, hacía cuatro meses ya desde aquel sábado. ¡Trabajando un sábado! Y ella pensaba que los horarios de oficina respetaban los fines de se-

mana... Los dedos de Júlia jugaban con su oscura melena rizada, coordinando el movimiento circular de los mechones con sus bostezos. Tres vueltas, un bostezo, un clic en el ratón. Vestida de manera formal, como se le requería en la oficina, pero lo suficientemente moderna como para que nadie se olvidara de que tenía veintidós años, Júlia era incapaz de disimular sus pocas ganas de estar ESE sábado en concreto sentada frente al ordenador. Pero era lo que tenía ser la becaria: primera en entrar, última en salir y con todas las papeletas de pringar en días como aquel. El resto de la semana adoraba al cien por cien sus prácticas. Había tenido la tremenda suerte de recalar en aquel estudio de diseño y de que además le pagaran. A secas, ni bien ni mal. Le pagaban, lo que ya era muchísimo. Cobrar su primera nómina había sido uno de los momentos más gloriosos de su vida adulta y un instante que había imaginado desde pequeña. Siendo apenas un retaco, en su cabeza había relacionado directamente el hecho de que ser mayor significaba hacer la declaración de la renta. Y eso le había parecido tan complicado hasta el punto de que a sus tiernos once años lloraba con pesadillas en las que solo había pilas de papeles llenos de números, y por esa razón no quería hacerse mayor. Sin embargo, ahora que estaba en el primer año de su vida laboral como contribuyente, temblaba excitada ante la llegada del borrador de la declaración.

Dio otro par de vueltas más a sus rizos y posó la vista en el reloj del fondo de la amplia planta casi desértica. El impoluto espacio, cuya decoración estaba pensada con exclusividad para quedar bien en una fotografía, pero no para ofrecer comodidad a sus trabajadores, lucía lleno de mesas prácticamente iguales... salvo la de Júlia, que pese a

estar en un rincón se diferenciaba a simple vista por verse mucho más cargada, por así decirlo, que el resto. Cada día durante semanas Júlia había ido llevando una o dos cosas más de lo que una persona normal trae consigo al trabajo. Su intención era que nadie se diera cuenta, pero vista de lejos aquella precisa mañana, cuando había entrado por la puerta con otro par de bolsas, se percibía con claridad que su mesa cantaba como una almeja: rebosaba de objetos en absoluto relacionados con el diseño, contaba con cajas de cartón apiladas bajo el escritorio y hasta con una maleta junto a la cajonera.

Ya sabía que se le había ido de las manos cuando el pasado jueves oyó una conversación sobre el tema entre dos personas de contabilidad, departamento en el cual ya se referían a ella como la *vagabunder*: «Vale que pagamos mal a los becarios, pero de ahí a que la *vagabunder* se nos mude a la oficina...». ¡Vaya! Era evidente que no había conseguido disimularlo tanto como planeaba. Lo cierto era que en una situación normal le hubiera encantado el mote de *vagabunder*, pero estaba tan desesperada que solo quería meterse los mechones rizados en la boca y hacerse un ovillo cada vez que alguien pasaba por su escritorio y escrutaba todas sus pertenencias. A esas alturas ya contaba con estar campando felizmente por el piso de Silvia, pero su inminente mudanza y las cosas en general se habían complicado más de la cuenta... por decirlo de alguna manera.

Pensando en Silvia y en su futuro piso, ese que compartiría con ella tarde o temprano, se deshizo de los diseños y grafismos de la pantalla de su ordenador, a los cuales —para ser honestos— no estaba prestando mucha atención, y abrió una conversación de chat de Gmail.

Sábado, 27 de mayo 14.32

Júlia Lennon:

Preguntilla rápida!

Sabes cómo se llama esa barra metálica donde se cuelga la ropa?

No me sale el nombre y quiero comprar una para el cuarto...

A no ser q Elena tenga una ya y no se la quiera llevar a la Conchinchina o a donde demonios se muda... Si es que se muda algún día.

Miró el cursor parpadear y esperó unos segundos más. Al comprobar que no recibía respuesta, se lanzó a teclear con la intención de llamar la atención de Silvia. La conocía de sobra y sabía que a veces tan solo tenía que tocar, y nunca mejor dicho, las teclas adecuadas.

Sábado, 27 de mayo 14.34

Júlia Lennon:

Presiento que no estoy captando tu atención.

AYER TUVE SEXO DESENFRENADO!!!

A ver si así...

Ante la presencia de uno de sus jefes, Júlia cerró la ventana del chat recuperando su trabajo, al que se entregó con gran afán. Habían insistido que era de una necesidad imperante trabajar aquella jornada de fin de semana en un proyecto y contar con todos los activos disponibles, becaria *vagabunder* incluida (no creía que su jefe la

llamara así, pero nunca se sabía). Sin embargo, pese a toda la urgencia y seriedad del requerimiento, ella estaba allí sentada fingiendo que revisaba proyectos pasados, ¡y después del pastizal que les había costado a sus padres la carrera! Júlia se prohibía pensar en ello. Se le ocurrían centenares de cosas que hacer con todo ese dinero antes que mandar a su hija pequeña a una prestigiosa escuela de diseño para tenerla, al final de los cuatro años, moviendo archivos entre carpetas por 541 euros/mes (netos, que ahora ya sabía qué significaba la palabra). Puestos a pensar, se le ocurrían más cosas que podría haber hecho aquel sábado por la mañana. La primera de todas, dormir el dolor de cabeza con el que se había despertado por culpa de las cervezas que había tomado con su amiga Lucía la noche anterior.

¡Más importante todavía! Podría haber dedicado la mañana entera a remover todas sus prendas y a prepararse psicológicamente respirando dentro de una bolsa de papel (como en las películas americanas, aunque a ella con una bolsa de la Fnac le hubiera valido) para la cita que la esperaba esa misma noche. Viendo el caos a su alrededor, preveía que acabaría yendo con vaqueros rotos si encontraba alguno limpio entre sus cajas. Concentrada en contar los minutos que quedaban para huir de allí, tardó en descolgar el auricular, que sonaba desde hacía rato.

—¡¡Mentirosaaaaa!! ¡Mis cojones has follado...! ¡Imposible que hayas roto tu neovirginidad de un lustro...
—Júlia se apresuró a interrumpir a Silvia, a quien no había tenido ni tiempo de saludar.

—Dos años y medio, exagerada...

—... sin que yo me hubiera enterado! Lo digo más que

nada por la alfombra de pelos que hubieras dejado al depilarte, Chewbacca...

—¿Tú qué sabes de mis pelos? —preguntó no sin cierta indignación. Silvia tenía razón.

—Hace tres sábados en la cena del piso de Gerard y Lucía. Te acompañé al baño para ayudarte a hacer pis porque tú ni sabías cómo desabrocharte el pantalón... Y no me digas que eso negro que vi cubriendo tus piernas eran *leggings*.

Mortificada, Júlia trató de no llevarse la mano a la frente al visualizar el incidente. Vino blanco barato en tetra-brik, nunca más.

—Calla, anda, ¿qué quieres que le haga? No tengo tiempo para nada entre las prácticas, los trabajos finales, la mudanza fantasma...

—Juls... ¿Te has depilado para esta noche?

—¡Sil! —bufó indignada.

—¿Te has depilado o no? —Ante la insistencia de su amiga, Júlia se acercó el teléfono a la boca y trató de susurrar.

—Los sobacos, ¿te vale?

—Eso no lo tengo que decir yo, rata peluda, sino el maromo con el que vas a tener sexo apasionado *tonight*. ¿Quim se llamaba? Si al bueno de Quimete no le importan tus melenas de la jungla, ¿por qué tendrían que importarme a mí?

—Deja de hablar del tema como si fuera algo que va a pasar... ¡No me gusta pensar en ello! —La voz de Júlia comenzaba a denotar cierta incomodidad.

—¡Ah! ¿Qué pasa, que ahora ya no hay nada de nada? Porque anda que no has estado pesadita estas últimas se-

manas hablándome del pelazo del chaval... ¿Qué pasa, que tres citas ya no es una cifra razonable a estas alturas?

—No es eso, Sil...

Silvia sabía incluso mejor que Júlia la razón por la cual era escéptica y tenía miedo de que Quim le estuviese gustando tanto.

—Juls... Llevas con el pack monjil puesto un porrón de tiempo y esto no puede seguir así. ¿Te da vergüenza reconocer que te mueres de ganas de acostarte con alguien?

—No, no... Si esta noche puede ser LA NOCHE. Y no será gracias a ti, que cuando Quim me pidió el número me comiste la cabeza con que lo había hecho porque sí y me hundiste en la miseria.

—¡Eh, zorrunguela! ¡Yo te dije que cabía la posibilidad porque hay peña que luego suda de ti! Pero ¿y lo *happy* que te pusiste después? Contrastes, mujer...

Silvia detuvo su ametralladora un segundo y la jocosidad en su tono se redujo.

—¿Estás segura de que me estás diciendo la verdad? ¿Estás... bien? —preguntó tratando de evitar la preocupación en su voz.

—¡Sí, tía! —Júlia oyó a Silvia suspirar al otro lado de la línea y, balanceándose sobre el respaldo de la silla, volvió a jugar con sus rizos. Traer a su mente los momentos de las últimas semanas con Quim le ponía una cara de atontada inigualable—. ¿Te conté que me dijo que todas las chicas deberían ser tan guapas como yo?

—Macho, ¡estás a un tris de hacerte una camiseta con la maldita frase! Vaya embaucador, el muy cabrón. Previa perfecta antes de besar a alguien por primera vez.

—Primera y única, vaya... Aunque ya sabes que lo que

más me gusta de él es que nos podemos pasar hablando durante horas y horas...

—Ya pasa cuando sabes que vas a follar.

Antes de que Júlia tuviera tiempo de decir nada, Silvia se lanzó a charlatanear sobre el comportamiento masculino poco apropiado. No es que su propia experiencia fuera amplia, pero sí lo suficiente como para estar convencida, tal y como había hecho saber a Júlia en centenares de ocasiones, que un chico era capaz de hacer y decir cualquier cosa con tal de llevarse a la cama de su piso de estudiantes a chicas como su amiga.

Sin dejarla continuar con ese monólogo que ya se tenía más que aprendido, Júlia decidió intervenir. A medida que la oía hablar, había empezado a oír un golpe repetitivo que la estaba ensordeciendo.

—¿Podrías hablarme de otra cosa para variar, como por ejemplo qué es ese ruido del demonio? ¿Qué estás haciendo ahora?

Silvia no podía contener la emoción. ¡Y no era para menos! Por culpa de sus cortos brazos no conseguía mantener el equilibrio para llegar a todo: sujetar el móvil de manera milagrosa mientras sus manos sostenían cada uno de los extremos de la bandera que trataba de colgar, sin éxito, del balcón. El estrepitoso golpeteo que Júlia oía era el batir de las contraventanas que no dejaban a Silvia triunfar en su tarea. Había calculado erróneamente las dimensiones y se había llevado la bandera más grande de la tienda, de ahí las dificultades que sufría para que todo el vecindario se enterara de a quién animaba ella esa noche histórica.

En sus veintiún años de vida —pese a haber nacido el mismo año, Silvia era casi doce meses menor que Júlia— no había habido día que no hubiese sentido con tal pasión su amor por el Fútbol Club Barcelona. Si tuviera que culpar a alguien de ello, ese sería su abuelo, quien cuando nació la había llevado al registro de socios del club antes que al Registro Civil. Silvia fue «culé» antes que «Silvia», razón de sobra para que en un día como aquel se sintiera por las nubes. Sus grandes y expresivos ojos, como un gatito ante un hilo agitándose, parecían a punto de salirse de las órbitas a medida que se acercaba la hora del encuentro.

—¡Juls! ¿Estás taaan centrada en tu noche de amor que se te ha olvidado por completo qué día es HOY?

—Ay, no... Si me vas a decir nosequé de fútbol te cuelgo ahora mismo. ¡Estás loca!

—Me he prometido a mí misma que si ganan esta liga duermo una semana entera con la camiseta de Andrés.

—¿Qué dices? ¡Si mayo está siendo el infierno en vida! Espera, ¿con la camiseta del equipo o con la cosa esa con su cara pixelada que te regalamos hace tres años? —Con avidez, Júlia abrió una pestaña en el buscador y tecleó «Andrés Iniesta» en imágenes.

—Cada píxel es un rasgo perfecto, una preciosidad... La auténtica armonía —suspiró Silvia.

Ante Júlia aparecieron diferentes imágenes del jugador que hacía ejercicios y sudaba en el campo. En ellas su rostro no ocultaba las muecas del mismo modo que el de Júlia era incapaz de ocultar su ceño fruncido.

—Yo no le veo dónde... —Su jefe pasó de nuevo lo suficientemente cerca como para detectar los resultados de su búsqueda, por lo que Júlia, con disimulo, volvió a abrir la

ventana de los diseños que tenía a mano para emergencias como aquella—. Lo que me extraña es que estés toda flipada por un tío que debe de medir como metro y medio. Viendo de ti, me esperaba más un titular tipo «Jugador de élite rechazado por su altura».

Silvia, que por fin había desistido en su intento de dejar la bandera lo más estirada posible, se abrazó de manera tonta a los barrotes del balcón para descansar del esfuerzo.

—Oye, en el caso de que fuera tan bajito como dices, que no lo es, quizá hiciese una excepción con él.

—Lo tuyo con los altos en general es para encerrarte... por si lo del fútbol no fuera ya suficiente.

Silvia se levantó y abrió las puertas del balcón para acceder a su habitación. Tal vez a Júlia no le faltaba razón si se prestaba atención al cuarto de Silvia. Las amplias paredes estaban empapeladas con diferentes imágenes pero con un solo denominador común: en todas ellas el escudo del F.C.B. estaba presente de un modo u otro. Lo llamativo era que parecían distanciarse de las que lograría cualquier fan a la salida de vestuarios. Pep Guardiola en el salón de casa de sus padres, Carles Puyol en una comida familiar... A simple vista, quien no conociera a Silvia y entrase en su habitación, se daría rápida cuenta de que o bien no era tan solo quien parecía ser, o bien conseguía adentrarse donde nadie más lo hacía.

—Hablando de altura y de tus amores platónicos, ¿el hermano de Carlota es también bajito? —La voz de Júlia sonó diferente cuando pronunció el nombre de la chica, y hasta su cara dejó asomar una mueca de quien huele a rancio y no sabe de dónde proviene—. Porque ella no es que

vaya fregando techos con la cabeza, y la verdad es que PAGARÍA por verte salir con un enano.

—Juls, querida, con lo que me ha costado tramar todo este maléfico plan para quedar con él, no digamos ya ocultárselo a Carlota, el tamaño de Adrià no me preocuparía ni aunque fuese el de una habichuela. —Silvia tomó asiento delante de la pantalla de su ordenador y, con una sonrisa, cambió el móvil de mano para con la zurda acceder al chat que aún tenía en activo con Adrià. Le encantaba ser zurda; sentía que le confería una cualidad especial y diferente, aunque supiese que compartía el rasgo con el trece por ciento de la población.

Aprovechando la pausa para recoger todos los cachivaches de encima de la mesa, Júlia carraspeó intuyendo la sonrisa de su amiga al otro lado.

—Ya, pero... ¿y mide...? —preguntó con cierta sorna—. Va, que te mueres de ganas. Estás majara con la altura de los huevos. Para ti es requisito indispensable que sea una torre de Babel. Más primordiales son las neuronas y parece que no te importen demasiado. Ahora, si el tío es gilipollas como la hermana, como si mide tres metros treinta y seis.

—¡Eh! A mí Carlota me cae bien. Y oye, que no me gustan automáticamente porque pasen del metro noventa. No voy con un metro en el bolsillo, ¿sabes? Y el chico, a quien no he tenido la oportunidad de medir todavía en persona, quitando su fallo más que evidente, es a-do-ra-ble.

—Todo el mundo es adorable por el chat de Facebook.

Ese fallo al que hacía referencia salió a relucir en la conversación con Adrià semanas atrás. Cuando, en su momento, leyó en la pantalla de su móvil frases como «Va a

ser un partidazo», se vino arriba por poder hablar con un chico de fútbol con tanta pasión como lo hacía ella. Días después, cuando una noche vio la frase a través del chat del móvil: «Podemos ir al campo juntos, si quieres» hasta Elena se despertó del aullido que había pegado. Preocupada, su compañera había entrado en el cuarto para encontrársela pateando histérica sobre el colchón. Habría querido ir haciendo la croqueta por el suelo de ida y vuelta al campo... hasta que vio de cuál se trataba: «¿Y tú cómo vas hasta Cornellà-el Prat?».

Adrià era del Espanyol. El único chico por el que se había encaprichado hasta límites que rozaban lo enfermizo era... perico. Solo de pensarlo le daban pequeñas taquicardias. Su primera reacción habría sido echarse a llorar, pero tras aquel momento de pánico en el que las lágrimas casi se habían acumulado en sus párpados, Silvia había reflexionado. ¿Acaso era tan importante ese pequeño detalle? ¿Iba a ser capaz de pasarlo por alto? Lo que la llevó a la siguiente pregunta, todavía más definitiva si cabía: ¿Y si era él el que no podía con la idea de salir con una culé? No estaba dispuesta a averiguar la respuesta.

Sin duda, le iban los retos. No había tenido suficiente con encapricharse con el hermano de una de sus amigas habiéndolo visto tan solo un día en un bar, sentado a tres mesas de ella. No, eso hubiera sido fácil. Lo difícil había sido enfrentarse a lo reacia que era Carlota a la hora de hablar de su hermano y, sobre todo, lo rotunda que se había mostrado cuando Adrià había aparecido en aquella conversación en particular. Júlia había tratado de animar a Silvia a que le confesase a Carlota lo prendada que se había quedado, y tal vez ella organizara una cita. Pero al

comprobar la inviabilidad total de esa opción, y tras haber visto a Silvia lloriquear durante semanas por el pelo castaño del chico, su planta de espalda ancha y piernas largas y cómo sujetaba el vaso de cerveza entre las manos mientras escuchaba hablar a sus amigos, Júlia había explotado dándole de modo accidental la solución: «Todo el día llorando porque no sabes cómo vas a hacerlo para acercarte a él... ¡Ah, calla, que creo que ya sé cómo! ¡HAZTE FACEBOOK!».

Cinco años de negativas en seco ante los «hazte Facebook» que oía —sí o sí— mañana, tarde y noche. Ya no estaba en juego conseguir hablar con un chico, sino su honor y su palabra. Pero, por otro lado, parecía la única opción factible y, si actuaba con cautela para lograrlo, la que tenía más números de hacerla triunfar. Sí, se había hecho Facebook por Adrià y había tenido que crearse un perfil ficticio para que ningún rastro la llevara hasta Carlota. Semanas de mil ingenios no iban a acabar en saco roto solo porque hubiera descubierto que el chico era del equipo rival. Siempre podía ser peor: Adrià podría haber sido del Real Madrid.

—Oye, querida —la voz de Júlia la trajo de vuelta de sus pensamientos—, tengo que colgarte ya. Mi jefe está merodeando como una mosquita de la fruta en verano. Dado que ya tengo las maletas bajo la mesa, no quiero ponérselo más fácil para que me eche. ¿Me cuentas más tarde todas esas cosas importantes del fútbol para que yo finja que te escucho? Si es que no has muerto antes de la emoción...

—Descuida... ¡Hoy va a ser un gran día!

—Oye, una cosa más... —añadió Júlia no sin cierto temor—. No quiero hacerme pesada, pero ¿no le puedes

preguntar a Elena cuándo planea irse del piso, así, de manera más específica? No es que yo sea dada a la exageración, pero empieza a ser obvio que me urge un pelín ocupar su habitación. En fin, ¡llámame luego, pichón!

Con un suspiro, Silvia le dio a entender a Júlia lo complicado del asunto antes de que colgase. Con la luz de la pantalla de su ordenador todavía iluminándole el rostro, Silvia releyó una vez más las últimas palabras de Adrià con los datos sobre su «no cita» futbolística de esa noche. Ya había decidido que para aquel encuentro en concreto no iba a separarse de sus Converse agujereadas. Sin embargo, si quería que todo fuese como la seda, iba a tener que hacer algo más al respecto de su apariencia.